

FRUSTRACION

D. Krech y R. Crutchfield

AGRESIVIDAD

R. de la Fuente

LA TEORIA DE LORENZ

E. Fromm

BIBLIOGRAFIA

- - - - -

LA FRUSTRACION: Imposibilidad de una tendencia de alcanzar su fin.

Publicamos el capítulo dedicado al tema de la frustración en la obra "Teoría y problemas de la Psicología Social" de David Krech y Richard Crutchfield, - publicada originalmente por Mc.Graw - Hill, Nueva York, 1948.

Cuando la progresión hacia el objetivo se halla - bloqueada y la tensión subyacente no puede resolverse, de - cimos que hay frustración. ¿Quién de nosotros no ha teni - do, en nuestras actividades sociales, la decepcionante - experiencia de los obstáculos que vienen a contrarrestar - nuestros proyectos y a hacer fracasar nuestro comporta - miento, expresión de nuestras necesidades y aspiraciones? Las consecuencias de la frustración son importantes y - múltiples. Aparecen nuevos medios de satisfacer nuestros

deseos; la frustración es el origen de ciertas modificaciones de la percepción y del conocimiento; graves estados emocionales pueden ser provocados por ella y por la actitud que adoptamos como consecuencia de una serie de decepciones. Los prejuicios raciales, las luchas de clases, las guerras, el comportamiento religioso y muchos otros fenómenos sociales de primera importancia pueden, muchas veces, considerarse consecuencias de diversas frustraciones.

ORIGEN DE LAS FRUSTRACIONES

¿Qué es lo que traba de esta manera los móviles del hombre? Las situaciones específicamente generadoras de frustración son innumerables, pero se las puede agrupar bajo cuatro puntos principales: 1º el medio físico; 2º Las limitaciones biológicas; 3º la complejidad de la organización psíquica; 4º la naturaleza del medio social.

Medio físico.— El medio físico opone a la satisfacción de nuestras necesidades los tipos de obstáculos más manifiestos. La necesidad de beber que experimenta el viajero perdido en el desierto se ve frustrada por la falta de agua y por la lejanía del lugar en donde podrá calmar la sed.

Limitación biológica.— Ocurre frecuentemente que la frustración no es debida a ciertas condiciones del medio físico, sino que resulta de limitaciones biológicas del sujeto mismo, incapacidades motrices o mentales, deficiencias estructurales, etc. Un individuo puede ser un lisiado y, por lo tanto, incapaz de realizar su sueño de convertirse en atleta famoso; otro, tiene una inteligencia demasiado mediocre como para poder aprobar los exámenes de medicina y debe renunciar a continuar la carrera. Sin duda alguna, estas limitaciones biológicas, y en particular las que ponen en desventaja al individuo frente a sus compañeros, constituyen el origen de amargas decepciones. Adler (1925) ha hecho de estas deficiencias biológicas la base de toda una teoría del ajuste feliz o fallido en el curso de la formación de la personalidad.

Complejidad psicológica.— El hombre no es, desde el punto de vista psíquico "unicelular". No sufre, en un momento dado, un estímulo único, ni se siente llamado a una respuesta única. Posee una extraordinaria complejidad y se halla comprometido en todos los momentos de su existencia, en una multitud de situaciones simultáneas y embrolladas. La riqueza de su campo psicológico despierta simultáneamente diferentes necesidades y suscita diversas exigencias. Estas necesidades y exigencias entran frecuentemente en conflicto y la naturaleza de la situación es tal que la satisfacción de una necesidad o el relajamiento de una tensión producen la frustración de otras. El joven que aspira a casarse no puede, al mismo tiempo, resolverse a dejar a su madre.

Se puede decir que, virtualmente, cada necesidad y cada exigencia son satisfechas en el hombre al precio de la frustración de una necesidad concurrente o de una exigencia contraria, por más tolerable y momentánea que sea dicha frustración.

Medio social.— Sin duda, es esta la fuente más importante de frustraciones severas y durables y las que tienen más importancia y significación para el comportamiento social. Estas frustraciones son, además, las más difíciles de superar. La sociedad rodea al individuo de toda clase de costumbres, ritos y prohibiciones que a menudo constituyen obstáculos infranqueables para la satisfacción fácil de las necesidades y exigencias. La sociedad impone al individuo un sistema económico tal, que sólo puede satisfacer sus necesidades esenciales por medio del dinero y al mismo tiempo la adquisición del dinero se convierte en una tarea difícil y a veces imposible. Le impone sistemas de castas y de clases que le prohíben o le traban todo desplazamiento social, de modo tal que como miembro de una clase o casta determinada se puede ver frustrado su deseo de acceder a una casta o clase superior y de obtener los privilegios correspondientes.

El rol de la sociedad y de las tradiciones culturales en el mecanismo de la frustración puede, en cier-

tas circunstancias, hacerse dramático, como cuando las necesidades que suscita un medio cultural son reprimidas por la estructura y las instituciones de la sociedad. Así la sociedad puede, en virtud de su filosofía de la educación, incitar a un negro a entrar en la Universidad, mientras que otros aspectos de la estructura cultural (la institución de una discriminación racial) hacen imposible la satisfacción de ese deseo. A través de su filosofía democrática, la sociedad puede suscitar en ciertos individuos el deseo de participar en la vida política, de alcanzar un rango social, de ocuparse de negocios y, al mismo tiempo, prohibirles arbitrariamente la satisfacción de esos deseos, mediante la imposición de discriminaciones sociales fundadas en un origen familiar, estado de fortuna, etc. (1)

Uno de los defectos más profundos de la acción social sobre el individuo se manifiesta en la constitución del sentimiento de dignidad personal. La dignidad personal es, esencialmente, el aspecto social del hombre, tiene estrecha relación con la idea de que cada uno se forja de sí, de su rol propio de la vida, sus ideales, sus normas y valores. Y, a su vez, la dignidad personal constituye el origen de las exigencias más poderosas y de las necesidades más imperiosas del individuo.

Por otra parte, son estas necesidades y exigencias - las que la sociedad está más dispuesta a burlar mediante el juego de sus complicadas pautas culturales. Los ideales morales del bien y del mal, de lo justo y de lo injusto chocan con otras prácticas que son objeto de aprobación social. El

(1) El debate puede centrarse sobre la siguiente cuestión: es lícito apreciar objetiva y cuantitativamente el grado de beneficencia de una sociedad según el número de importancias de las trabas que opone a las necesidades - que ella misma ha suscitado en los individuos?

hombre cree que el rivalizar en astucia con los compañeros y abusar de su credulidad resulta moralmente condenable, y se ve constreñido a veces a adoptar una conducta de este tipo para satisfacer ciertos deseos. La mentira y la hipocresía son reprobables, pero no se las puede evitar si se ha de vivir en paz con los vecinos u obedecer a las exigencias de los ritos sociales. Favorecer a algunas personas y perjudicar a otras constituye una actitud injusta, pero a veces resulta imprescindible tomarla a fin de adaptarse al medio social y de lograr su aceptación. Murphy, Newcomb (1937) confeccionaron una lista de incompatibilidades entre ciertos ideales - que se enseñan al niño de clase media y determinadas conductas que les impone el medio cultural.

1º Se le alienta a mostrarse amable hacia todo el mundo durante el período pre-escolar, mientras está bajo la vigilancia constante de sus padres o de la niñera;

2º Pero se le prohíbe hablar con los extraños, con la gente de otra raza o de otra clase social, y jugar con los niños, hijos del portero, o con los chicos de la calle;

3º Siguen luego las lecciones de los pedagogos democráticos y liberales que, en sus discursos, se muestran partidarios de la igualdad de razas y clases;

4º Pero pronto el individuo se encuentra comprometido en la jerarquía estricta de las estructuras sociales de la adolescencia, en donde el "dinero" comienza a contar.

5º Su formación termina en los cursos superiores del colegio o en la Universidad, donde el éxito del equipo de fútbol tiene muchas veces, mayor importancia que las discriminaciones de raza o de clase;

6º Finalmente descubre que una democracia, tal como ha sido vivida en las actividades deportivas del cole

gio concebida en el plano ideológico, sería una desventaja en la carrera hacia el éxito, que constituye la ley en el mundo de los negocios.

CONSECUENCIAS DE LA FRUSTRACION

Las causas de la frustración son pues, de naturaleza múltiple. Cuáles resultan sus consecuencias para el individuo? Las observaciones preliminares que vamos a enunciar ayudarán a comprender mejor dichas consecuencias.

1º Las consecuencias virtuales de la frustración son muy numerosas.— En efecto, la decepción puede constituir la causa de diversos tipos de modificaciones en el campo psicológico. Enumeraremos los cambios importantes. Todos hemos tenido la experiencia, en una u otra situación, de cada una de esas diversas consecuencias, pero es probable que en un determinado caso de frustración sólo se produzca algunas.

2º Las consecuencias de la frustración tienen relaciones dinámicas entre sí.— Los acontecimientos que se producen en un sector del campo psicológico repercuten en el conjunto del campo. Esta es la razón por la cual cada consecuencia de la frustración produce efecto sobre las otras consecuencias simultáneas y a su vez es afectada por estas. La interacción de estas diversas consecuencias tiene por efecto final reducir la tensión del campo; en otros términos, las consecuencias de una frustración son, en este sentido, equivalentes o intercambiables. Si una consecuencia de la frustración posee gran intensidad, las otras consecuencias presentarán sin duda un grado más débil. Así el hombre que quiere sustraerse a la frustración encarando directamente el obstáculo que contraría su deseo, tiene menos posibilidad de reaccionar a la situación decepcionante con una represión. La facilidad con la cual las reacciones a la frustración se sustituyen unas a otras puede costar caro por otra parte, desde el punto de vista social: esto lo veremos mejor cuando hablemos del autismo.

3º La naturaleza de las consecuencias depende, en parte, de la severidad de la frustración.— La intensidad y la duración de la frustración dependen del nivel de la tensión y de la facilidad con la cual pueden superarse los obstáculos. Las consecuencias varían, en cierta medida, con la intensidad y la duración de la frustración. La dificultad ligera que encontraría una necesidad poco apremiante sólo tendrá consecuencias sin importancia para el comportamiento individual. (2)

4º Las consecuencias de la frustración no son necesariamente perjudiciales.— La palabra "frustración" es un término mal elegido. Para la mayor parte de la gente significa una experiencia desdichada, penosa, un accidente neurótico incluso. Es lamentable, y quizás hubiera sido mejor emplear un término más neutro, por ejemplo el de bloqueo. Ciertas frustraciones, tienen consecuencias desdichadas y hasta peligrosas para la persona que las sufre. Pero, la mayor parte de las veces, los bloqueos de los que tenemos experiencia cotidiana, no son desastrosos en sus efectos: las tensiones son resueltas sin que se conmueva la feliz adaptación de la personalidad entera. Si no fuera así, la vida resultaría intolerable.

En efecto, la mayor parte de los bloqueos pueden ser considerados como felices procesos de adaptación, pues movilizan la energía del individuo en sus esfuerzos para lograr sus fines y lo hacen reorientarse, instruirse y perfeccionarse.

Consideremos ahora las diversas consecuencias de la frustración con respecto a la adaptación.

(2) Sin embargo, no hay que subestimar las consecuencias más graves para el comportamiento que, a veces, puede producir la acumulación de una serie de pequeñas frustraciones susceptibles de adicionarse.

Intensificación del esfuerzo.- Casi siempre, cuando las dificultades se oponen a la realización de su deseo, el individuo pone toda su energía en derribar los obstáculos; la tensión que se establece apela a todos los recursos de su personalidad, y la movilización de todas sus energías le permiten, a menudo, alcanzar el fin. Es así como Wright (1937) pudo mostrar experimentalmente que, en ciertas condiciones, la presencia de un obstáculo refuerza la atracción del fin e intensifica verdaderamente los esfuerzos del sujeto.

Una de las consecuencias más interesantes de la frustración reside en la influencia que ejerce sobre la percepción de las dificultades que se oponen a la satisfacción de la necesidad. La frustración es, a menudo, el origen de intuiciones felices y opera una reorganización de los medios que pueden servir para alcanzar nuestros fines. Este aspecto de los efectos de la frustración o del bloqueo tiene gran importancia para la inteligencia del comportamiento social.

Sustitución de fines.- Hay otra consecuencia de la frustración que favorece la adaptación del sujeto: es el descubrimiento y la aceptación de nuevas finalidades que sustituyen de manera feliz, la finalidad original. Así, una mujer biológicamente, incapaz de satisfacer su necesidad maternal o una mujer soltera a quien los "tabúes" sociales prohíben tener hijos, puede realizar sus deseos por medio de un rodeo, trabajando en una guardería o fundando un orfanato, etc.

El estudio experimental de Henle (1942), consagrado a esta sustitución de fines, ha mostrado que la eficacia del fin-sustituto, es decir, su capacidad para relajar las tensiones que resultan del bloqueo del deseo original, depende principalmente de la semejanza que percibe el sujeto entre la primera finalidad y el fin-sustituto.

Respuestas inadaptadas.- Ocurre, a veces, que la naturaleza misma de la situación psicológica no permite al individuo reducir sus tensiones con uno de los medios adaptativos que acabamos de mencionar. Los obstáculos que se yerguen

contra la satisfacción del deseo pueden ser infranqueables, aún al precio de los más intensos esfuerzos; el problema de un nuevo acceso al objetivo puede resultar insoluble y puede ocurrir que ningún sustituto esté al alcance del sujeto.

En este caso, la frustración persiste y se intensifica, y eventualmente pueden aparecer respuestas más o menos inadecuadas a la situación. Por otra parte, es necesario insistir en el hecho de que, aún en el caso de estos comportamientos mal adaptados, nuestra proposición general conserva todo su valor: los efectos de la tensión tienden a modificar el campo psicológico para hacerle adoptar una estructura más estable. Ya se trate de un comportamiento bien o mal adaptado, la tendencia constante de las respuestas se orienta hacia la reducción de la tensión.

Sin embargo, en el caso de reacciones inadaptadas a la frustración, la forma de reestructuración del campo psicológico corre el riesgo de alterar el funcionamiento normal de la personalidad total y de comprometer la adaptación del individuo a su medio social.

Reducción de la tensión y comportamiento adaptativo no son, pues, sinónimos.- La simple resolución de una tensión no basta para asegurar un ajuste positivo y normal del individuo a su medio. El ideal está sustituido por la capacidad de resolver conflictos y frustraciones de manera tal que no se comprometa el progreso continuo hacia fines posteriores, y ese ideal no puede realizarse sin una integración satisfactoria de la personalidad. Volvemos ulteriormente sobre esta cuestión.

Entre las respuestas inadaptadas, las más importantes para comprender el comportamiento social son las siguientes: 1º La agresión; 2º La regresión; 3º La evasión; 4º La represión; 5º La sublimación; 6º La racionalización y la proyección; 7º El autismo; 8º La identificación.

Reacciones agresivas.- Las tensiones acumuladas resultantes de una prolongada frustración se expresan con frecuencia a través de actos agresivos que parecen aliviar el estado de frustración, al menos momentáneamente. Esta agresividad puede adoptar diferentes formas, sentimientos y actos de cólera y de furor, violencias físicas efectivas contra objetos o personas, ataques verbales, denuncias y calumnias o, por último, conductas agresivas puramente imaginarias.

Los objetos de estas diversas agresiones no tienen necesariamente relación lógica con la situación generadora de la frustración, pueden no tener siquiera la más mínima relación con el agente de frustración. Un hombre frustrado en sus esperanzas por un patrón tiránico puede pegar a su hijo, reprochar violentamente a su mujer sus pretendidas extravagancias domésticas o tomársela contra la política del gobierno. Los hombres cuyas ambiciones sociales han sido coartadas, pueden linchar negros o perseguir grupos minoritarios. La frustración sexual puede engendrar fantasías sádicas o conducir a maltratar prostitutas. Y aún podría agregarse aquellos cuya agresividad se vuelve contra sí mismos. (3) --

Regresión.- Barker, Bombe y Lewin (1940) estudiaron los fenómenos de regresión que constituyen efectos de la frustración. Estos autores comprobaron que, en ciertas situaciones decepcionantes, el comportamiento del sujeto vuelve, en cierto modo, a un estado primitivo. Las nociones dejan de ser las de un hombre para convertirse en las de un niño; la sutileza de discriminación y de juicio disminuye; los sentimientos y las emociones son más groseras y menos controladas, como las de los niños. En general, el campo psicológico tiende espontáneamente hacia una simplificación de nivel inferior a la inversa de lo que ocurre en la tendencia normal, dirigida en el sentido de una complejidad de nivel superior, o característica del proceso de maduración en el individuo.

(3) En la obra de Dollard y Al (1939) se encontrará una exposición más completa de la agresividad consecutiva a la frustración, ilustrada con ejemplos experimentales.

Berker, Bombe y Lewin observaron el comportamiento lúdico de niños que habían sido privados de un juguete ardientemente codiciado: el comportamiento sufría una caída manifiesta de nivel. Mientras que normalmente los niños empleaban su actividad constructiva para hacer edificios con ayuda de cubos puestos a su disposición, después de la frustración sólo los utilizaban para lanzarlos o hacer ruido. Se han podido comprobar fenómenos análogos en una escala mayor, en el dominio de las relaciones internacionales.

La regresión no significa necesariamente la vuelta a modalidades específicas de comportamiento que el sujeto ha vivido realmente en una etapa anterior de su existencia. Hablamos aquí de regresión en el sentido en que la entiende Freud. Puede ocurrir que el sujeto este es un caso particular dentro de un proceso más general. Es así como un hombre de ciencia, decepcionado en sus esfuerzos por interpretar racionalmente el universo puede volver a las creencias religiosas de su juventud.

Pero no es raro que la vuelta a modalidades de comportamiento anteriormente vividas se acompaña de regresión, en el sentido de descenso a un nivel inferior, puesto que en general las formas precoces del comportamiento se caracterizan por su estructura primitiva.

Conductas evasivas.- El hombre que sufre una frustración puede liberarse de ella evadiéndose de la situación que la ha provocado. A veces se trata de un fuga real: el sujeto se aleja del medio físico en donde se ha producido la decepción. El agricultor de una región devastada por las tormentas, renuncia a luchar contra las condiciones naturales que le impiden ganar su vida, amon- tona bienes y familia y emigra. Pero hay otras situaciones en que el individuo no puede abandonar el medio físico de su frustración, levanta, entonces, barreras psicológicas que le protegen de todo contacto con la causa de su fracaso: el "liberal desengañado" decepcionado en sus esfuerzos en favor de la reforma social, se desintere- rese de la política, renuncia a seguir los acontecimientos en los diarios o a tomar parte en actividades y dis-

usiones políticas.

Represión.- Freud ha insistido particularmente sobre la importancia de la represión, como consecuencia de la frustración. Existe represión cuando los deseos insatisfechos soportan la acción de fuerzas que los hacen inaccesibles a la conciencia: el sujeto "olvida" el deseo contrariado. Parecería que las necesidades y exigencias que entran en conflicto con las tradiciones y las interdicciones sociales, reflejadas en la ideología moral del individuo, son las más susceptibles de ser reprimidas. Un puritano no tiene jamás conciencia clara de sus necesidades sexuales; un hijo no tiene jamás conciencia clara de su hostilidad hacia el padre.

Ya hemos señalado que los móviles pueden actuar tanto de manera inconsciente como consciente. De igual modo la represión de los deseos frustrados no tiene por efecto suprimir sus fuerzas y resolver la tensión. Los deseos reprimidos continúan manifestándose de muchas maneras, entre otras mediante los procesos de sublimación, racionalización e identificación.

Sublimación.- Se designa con el término de sublimación el proceso inconsciente por el cual la tensión asociada a las necesidades reprimidas es desviada hacia nuevos objetos, fines y actividades, que en apariencia no tienen relación con aquellas necesidades. Generalmente esos objetos, fines y actividades son, a la inversa de lo que sucede con las necesidades reprimidas, aprobados por la sociedad. El puritano que ha reprimido sus deseos sexuales, se convierte en un ardiente reformador de la comunidad; el hijo que ha reprimido la hostilidad hacia el padre, se inicia en el Ku Klus Klan...

Freud utilizaba el término de sublimación especialmente para designar las transformaciones de los impulsos sexuales reprimidos en actividades no sexuales y socialmente útiles. En términos más generales, se puede decir que la tensión de cualquier necesidad reprimida, sea o no sexual es susceptible de traducirse en actividades que sólo tie-

nen una relación muy lejana con su naturaleza original o que incluso le son completamente extrañas (4)

Racionalización y proyección.- Puesto que una tensión es resultado de una cierta estructura del campo psicológico y en particular de su estructura cognoscitiva, resulta claro que puede ser también reducida por una reestructuración cognoscitiva apropiada. Se puede admitir que el hecho mismo de la frustración tiene como efecto el producir espontáneamente, en las estructuras cognoscitivas, modificaciones que ayudarán a reducir la tensión.

Algunas de estas modificaciones han recibido el nombre de racionalizaciones. Los fines inaccesibles pierden su atracción: para la zorra de la fábula, "las uvas están muy verdes". Una finalidad más accesible, hasta ahora desdeñada, comienza a tomar un aspecto más favorable. Un comportamiento socialmente indeseable recibe una nueva definición que lo hace más aceptable: la guerra tiene su valor porque engendra lealtad, temple la energía "lo convierte a usted en un hombre".

Las racionalizaciones rara vez constituyen engaños conscientes. El individuo cree en su valor; ignora las deformaciones que la frustración ha impuesto a sus percepciones e ideas.

Suele ocurrir, en los casos de frustración, que las estructuras cognoscitivas sean modificadas de otra manera: se habla entonces de proyección. Hay proyección cuando la percepción de la situación está tan alterada que el sujeto atribuye la reprobación que suscitan sus propias fallas a otros elementos de su campo psicológico: "proyecta" la reprobación. El jugador de tenis no acierta a la pelota y considera que la raqueta es la

(4) Para Freud las actividades sublimadas dependen para siempre de los impulsos sexuales de donde han derivado; para nosotros, por el contrario, las actividades sublimadas pueden adquirir eventualmente autonomía funcional como todas las otras actividades.

causa de su torpeza. El hombre incompetente que fracasa en sus negocios responsabiliza de sus desaciertos a la gente que "está contra él". El individuo que experimenta un sentimiento de culpabilidad lo proyecta sobre los demás y les carga todos sus pecados.

En su estudio sobre estudiantes anti-semitas, Frenkel-Brunswik y Sanford (1945) comprobaron que sus sujetos, provenientes de familias americanas de clase media, habían reprimido la expresión de ciertos impulsos agresivos y sexuales, proyectando sus deseos sobre otra gente, más o menos despreciada, como los judíos o los mejicanos.

Autismo.- Hay otra manera de reaccionar a la frustración que tiene estrechas relaciones con los procesos de racionalización y de proyección: el autismo o el pensamiento autista, pensamiento que se halla casi enteramente dominado por los estados afectivos y que no hace ningún esfuerzo por confrontar sus representaciones con la realidad. El individuo víctima del autismo llega a vivir en un plano imaginario y es incapaz de colocarse en el plano de lo real. Se trata en cierto modo, de una conducta de evasión o de fuga ante los acontecimientos reales que no admiten ningún compromiso.

El individuo que corta toda comunicación con otra persona o con su grupo, y que se pone a "pensar" en esa persona y en ese grupo sin tomarse el trabajo de controlar sus ideas a la luz de los hechos, se encierra en el pensamiento autista. Newcomb (1947) ha insistido en la importancia del autismo en la formación de las actitudes hostiles. Dice así:

"Los arranques de hostilidad despiertan por lo común cuando, en nuestras relaciones interpersonales, nos parece que alguien amenaza nuestra condición. Esta percepción procede de una interacción y corre el riesgo de persistir hasta que una nueva interacción venga a modificarla. Si a consecuencia de una actitud hostil que adoptó el sujeto en relaciones recientes con una persona, evita sistemáticamente volver a encontrarla, existen pocas probabilidades de que

puedan producirse las condiciones necesarias para la eliminación de la actitud hostil".

Lo cual permite a Newcomb, concluir:

"...La probabilidad de la persistencia de una actitud hostil varía en relación directa con el grado de autismo que implica la percepción de las relaciones interpersonales..."

En el ejemplo de Newcomb, el autismo es considerado, pues, como una consecuencia de la evasión del sujeto ante una situación que implica peligro o frustración. Cabe suponer que otras formas de autismo actúan más directamente para reducir las tensiones. El ensueño y las fantasías análogas constituyen autismos de este tipo. Ellos procuran satisfacciones imaginarias a diversos deseos y permiten superar los obstáculos que se oponen a su realización. Desde el punto de vista social, esta clase de comportamiento puede tener graves consecuencias. El hombre que experimenta necesidad de justicia y que descarga esa necesidad en fantasías y ensueños, gasta sus energías en un mutismo desprovisto de toda eficacia, aún cuando por este medio logre calmar en sí mismo y por algún tiempo, aquella necesidad.

Identificación.- Un medio empleado a menudo y en apariencia muy eficaz para reducir ciertas formas de frustración consiste en identificarse con otra persona o con un grupo de personas. El arrabalero desgraciado en amores se atribuye como hazañas personales las aventuras de la actriz de cine; los éxitos de los nazis constituían otras tantas revanchas para multitud de gente de mediocre condición, consagrada en forma crónica a la frustración y el fracaso.

El proceso de identificación es de importancia capital cuando se trata de comprender la moral de un grupo y el prestigio del jefe.

EFFECTOS DE LAS TENSIONES ELEVADAS SOBRE EL COMPORTAMIENTO DE ADAPTACION

Los niveles elevados de tensión y el estado emocional que a ellos se asocia facilitan a menudo las conductas de adaptación. La excitación intensa que afecta al individuo puede prepararlo para una acción más enérgica, más rápida y decisiva. La cólera puede contribuir a reforzar el ataque contra el obstáculo que se opone al deseo; el miedo puede provocar reacciones de defensa más potentes. (5)

Pero también se comprueba a menudo que los estados de extrema emoción conmueven al individuo al punto de hacerlo incapaz de adaptarse a la situación. La parálisis del terror, la histeria del miedo pánico, pueden impedir que el individuo actúe en forma útil contra el peligro y provocar un desenlace fatal. Los accesos violentos de cólera, de "furore ciego", pueden reducir al individuo al estado de impotencia para dominar convenientemente la situación.

Catarsis y reducción de la tensión.— Cuando una tensión severa se ha resuelto en explosiones afectivas, se observan con frecuencia períodos consecutivos de calma en los cuales el individuo vuelve a ser capaz de percibir la situación en su conjunto y de tomar otra vez una actitud más normal y razonable. Las emociones cumplen así el papel de "válvulas de seguridad" gracias a las cuales el sujeto se libera del exceso de presión y vuelve a encontrar la tranquilidad de espíritu necesaria para resolver sus problemas.

Un ejemplo curioso de este efecto catártico de las emociones ha sido relatado por Allport (1945). En oportunidad de dictar una serie de clases sobre las relaciones en-

(5) Se han podido poner en evidencia los procesos fisiológicos que acompañan a emociones como el miedo a la cólera, y mostrar que son capaces de movilizar los recursos energéticos del organismo para respuestas más rápidas y eficaces. Cannon (1929) utilizó estos hechos como fundamento para la teoría de las emociones, llamada "de la emergencia" que insiste en la utilidad biológica de la emoción y explica de esta manera su desarrollo a lo largo de la evolución.

tre las razas a un grupo de funcionarios, en una ciudad del este de los Estados Unidos, Allport había comprobado desde el comienzo del curso, que sus auditores se permitían reflexiones más o menos hostiles a su respecto. Estos sentimientos malévolos provenían de que los funcionarios eran obligados a asistir al curso por orden de sus superiores jerárquicos, y tenían la impresión de que éstos ponían en duda sus aptitudes y su capacidad: consideraban, pues, el asunto, como un atentado a su dignidad. Esta cólera la concretaron, naturalmente, contra el conferenciante, puesto que éste era el hombre "competente" venido de afuera para enseñarles lo que debían hacer. En vez de atacar esta actitud agresiva, Allport permitió que ella se manifestara; más aún, favoreció la explosión emotiva, a fin de que pudiera descargarse espontáneamente. Pronto vió aclararse la atmósfera y obtuvo la confianza de sus auditores, cuyos progresos, desde entonces, se hicieron más fáciles.

AGRESIVIDAD

Que el hombre es una criatura agresiva es cosa que difícilmente discutirá nadie. Salvo la excepción de ciertos roedores, ningún otro vertebrado mata habitualmente a miembros de su misma especie. Ningún otro animal disfruta practicando la crueldad sobre otro de su misma clase. Generalmente describimos los ejemplos más repulsivos de la crueldad del hombre como algo brutal o bestial, y con estos adjetivos damos a entender que semejante comportamiento es característico de animales menos desarrollados que nosotros. A decir verdad, sin embargo, los casos extremos de comportamiento "brutal" están limitados al hombre, y nuestro salvaje trato mutuo no tiene paralelo en la naturaleza. Lo tristemente cierto es que somos la especie más cruel y despiadada que jamás haya pisado la tierra; y que, aunque podemos retroceder horrorizados cuando leemos en un periódico o en un libro de historia las atrocidades que el hombre ha cometido con el hombre, en nuestro fuero interno sabemos que cada uno de nosotros alberga dentro de sí los salvajes impulsos que conducen al asesinato, a la tortura y a la guerra.

Escribir sobre la agresividad humana es una tarea difícil porque el término se emplea en muchos sentidos diferentes. Agresividad es una de esas palabras que todo el mundo conoce, pero que, a pesar de todo, resulta difícil definir. Tal como la emplean los psicólogos y los psiquiatras, abarca una gama muy amplia de comportamiento huma-

nos. El niño de rostro congestionado que berrea para que le den el biberón se está mostrando agresivo, pero también lo es el juez que dicta una sentencia de treinta años por robo. El guardián de un campo de concentración que tortura a su indefensa víctima está, como es obvio, actuando agresivamente. De manera menos manifiesta, pero no menos cierta, también actúa así la esposa abandonada que amenaza con suicidarse o trata de hacerlo para recuperar el afecto de su marido. Cuando una palabra es tan difusamente aplicada que se emplea tanto para el esfuerzo competitivo de un futbolista como para la violencia sangrienta de un asesino, hay que renunciar a ella o definirla más estrictamente.

(ANTHONY STORR, en "La Agresividad Humana", Alianza Editorial)

FUENTES Y DIRECTRICES DE LA AGRESIVIDAD

Ramón de la Fuente.

El trabajo que insertamos a continuación es texto íntegro de un artículo publicado en el número 8 de la "Revista de Psicoanálisis, Psiquiatría y Psicología", (Dirigida por E. Fromm y publicada por la Editorial Fondo de Cultura Económica) que fué aportado por el autor a la II Reunión Anual de la Sociedad Psicoanalítica Mexicana celebrada en noviembre de 1.967.

En la vida individual y social, la agresividad se muestra a cada paso con múltiples rostros. Puede ser física o verbal, realista o simbólica, deliberada o impul-

siva. Puede ser defensiva o vengativa. Puede despertarse - por estímulos internos o ser evocada por situaciones externas. La agresividad puede ser desplazada o inhibida. Puede verse al exterior o estar dirigida contra la propia persona. Puede ser instrumento en el logro de una meta racional y a menudo un rasgo del carácter del individuo. Términos tales como cólera, enojo, hostilidad, odio, resentimiento, violencia, crueldad, sadismo, destructividad, etc., se refieren a distintos niveles de organización o expresión de la agresividad.

De lo anterior se deduce que "agresividad" es un término genérico, un tanto abstracto que sólo puede usarse en el sentido más general y que los distintos conceptos que se refieren a él necesitan ser definidos o aclarados.

Las observaciones psiquiátricas y psicoanalíticas, los datos derivados de la sociología, del estudio de la conducta animal, de la antropología y de las investigaciones experimentales, arrojan alguna luz sobre este problema universal y elusivo: las fuentes y direcciones de la agresividad en los seres humanos.

La agresividad como tendencia a ser agresivo debe ser distinguida de la conducta agresiva y de las expresiones afectivas de la agresividad; las emociones de enojo y de cólera y los sentimientos de odio y hostilidad. La cólera y el enojo emergen en presencia de una señal adecuada interna o externa, instigan una conducta agresiva e implican un contenido ideativo y una pauta de cambios viscerales y del sistema muscular voluntario. El contenido ideativo y la actividad corporal pueden incluir cualquiera de los modos de expresión física de la agresión tales como morder, tragar, herir, destrozar, romper, mutilar, etc.

El odio y la hostilidad son sentimientos. Representan una forma de enojo menos violenta pero más estructurada y sostenida que la cólera. Estos sentimientos pueden mantenerse activos o bien permanecer latentes y avivarse ante estímulos evocadores.

El término "violencia" se refiere a la expresión directa, cruda y explosiva de la agresividad, en contraste con otras formas más intelectualizadas y sutiles como la mordacidad y el sarcasmo.

El sujeto que se enoja o encoleriza tiene generalmente advertencia de que su cólera o su enojo están dirigidos hacia un objeto que es percibido como frustrante o peligroso. Su meta es remover el obstáculo, destruirlo, o forzarlo mediante el castigo a dar satisfacción. Sin embargo, el objeto puede ser sustituido por otro, o bien puede faltar su advertencia, es decir, que es posible experimentar cólera o estar enojado, sin saber contra qué o contra quién. Del mismo modo, una persona puede sentir algunos de los acompañantes corporales de la cólera, sin tener conciencia del afecto, o sea, del estado subjetivo. También puede ocurrir que el componente ideativo, las fantasías, permanezcan fuera del campo de advertencia del sujeto. La observación y la investigación clínica muestran que los elementos de reacción hostil son hasta cierto punto disociables y los objetos hasta cierto punto sustituibles.

La observación y la clínica indican también que - al lado de personas agresivas, en cuanto que son explosivamente coléricas, pero cuya cólera se desvanece apenas expresada, hay otras que parecen estar siempre dispuestas a sentir odio y hostilidad. No pueden tolerar ni las ofensas, ni el bien de otros. Su disposición a la agresividad es permanente y las circunstancias del momento sólo les dan la oportunidad de expresarla. Aparte de estas personas iracundas o rencorosas, hay otras que experimentan la mayor repugnancia ante todo lo que significa crueldad y violencia.

La agresividad en la patología humana.

La agresividad en sus distintas formas es un fenómeno central en la patología humana. El estudio de los enfermos muestra que hay diferentes formas y niveles de organización y de expresión de la agresividad.

Las personalidades paranoides albergan un odio profundo. Atribuyendo actos o intenciones hostiles a los demás, se sienten libres para convertirse en agresores. En las ideas obsesivas, los impulsos agresivos son un contenido habitual al lado de impulsos obscenos y coprofilicos. En algunos esquizofrénicos, particularmente enfermos catatónicos, la agresividad latente puede brotar en forma peligrosa en cualquier momento. La hostilidad reprimida es un elemento comúnmente identificado en ciertos dolores psicogénicos de carácter histérico. En alguna neurosis, la tendencia sádica a empequeñecer, humillar y hacer sufrir a los demás es prominente en tanto que otros enfermos reprimen cualquier impulso autoafirmativo como si se tratara de un impulso destructivo.

La conducta autoagresiva es muy aparente en algunas condiciones patológicas. El enfermo severamente deprimido se reprocha, se devalúa y se ataca a sí mismo y todo puede culminar con su auto-destrucción. Hay personas cuyas vidas están dominadas por el masoquismo moral. Llevan su abnegación y su ascetismo al extremo. Actúan en contra de sus intereses, se agreden veladamente y en forma reiterada cometen errores que los conducen a la infelicidad. Esta inclinación puede coexistir en la misma persona con la tendencia sádica a humillar y a hacer sufrir. En algunas personas, la necesidad de sufrir o hacer sufrir condiciona su capacidad para el goce sexual.

Muchos psicópatas que llevan a cabo actos impulsivos no parecen estar dotados de una agresividad mayor que otras personas. Su defecto radica en los mecanismos que normalmente modelan, inhiben o posponen la descarga agresiva.

Si bien hay delincuentes que expresan libremente su agresividad, sin que sus actos violentos despierten en ellos sentimientos de culpa, otros,

sin tener advertencia de ello, actúan en formas que conducen a su detención y a su castigo, guiados por una necesidad inconsciente de expiar su culpa.

La agresividad parece jugar también un papel central en numerosos trastornos funcionales y en ciertas enfermedades orgánicas.

Los fisiólogos han aportado pruebas experimentales. Un animal, al cual se le provoca agresividad al mismo tiempo que se le impide descargarla, sufre un aumento en el tono de las musculaturas lisas y estriadas y, como consecuencia, perturbaciones circulatorias, endocrinas y metabólicas. El paralelismo se establece con alteraciones semejantes que ocurren y se hacen permanentes en el hombre que vive en situaciones frustrantes y generadoras de hostilidad cuya expresión se ve impedida por obstáculos externos o internos.

La relación de la agresividad inexpressada con el síndrome de hipertensión arterial y con otros síndromes sintomáticos, como la artritis reumatoide y la jaqueca hemicránea, ha sido repetidamente señalada. El hipertenso es con frecuencia un sujeto que durante años alienta rencores y pensamientos agresivos sin llegar nunca a manifestarlos. En buena parte su ideación hostil permanece inconsciente, lo que contribuye a una tensión interna que mantiene a su organismo física y psíquicamente preparado para ejecutar actos agresivos que nunca lleva a cabo. Eventualmente se establece la hipertensión que es una parte de la pauta fisiológica normal de la hostilidad. En el artrítico, el tono muscular, es activado en forma persistente más allá de sus límites fisiológicos. El daño articular es la consecuencia a largo plazo.

Áreas cerebrales implicadas en la conducta agresiva

Los estudios de Bard y de Kluver y Bucy en animales demostraron que las lesiones en áreas delimitadas de cerebro o su estimulación experimental conducen al desarrollo de docilidad o ferocidad en animales. Las investi

gaciones de estos autores, complementadas y refinadas por otros, no dejan lugar a dudas en cuanto a que hay un mecanismo innato para la conducta agresiva que está situado caudalmente en el sistema límbico, sobre el cual las partes situadas por delante y la corteza cerebral ejercen una acción inhibitoria.

El estudio de la conducta anormalmente agresiva en seres humanos que sufren alteraciones orgánicas del cerebro lleva a conclusiones similares.

En niños que han sufrido estados encefalíticos y cuya conducta se torna impulsiva y violenta, los estudios anatómopatológicos ponen de manifiesto lesiones en los ganglios basales, en el hipotálamo y en la sustancia gris periacueductal del tallo cerebral.

Es también un hecho conocido que la conducta de enfermos que sufren epilepsia del lóbulo temporal, la cual se relaciona con alteraciones en el sistema límbico, se caracteriza entre otros desórdenes de la personalidad por agresividad explosiva.

Con frecuencia, en enfermos que sufren lesiones que afectan la corteza orbitaria del lóbulo frontal y la parte anterior del hipotálamo, ocurren cambios en la personalidad, y entre ellos, la agresividad explosiva es prominente. Algunos de los efectos indeseables de la lobotomía prefrontal son la intolerancia para la frustración, la impulsividad y la propensión a la violencia. En todos estos casos, el umbral para la descarga parece ser anormalmente bajo.

Sustancias que actúan sobre el cerebro, como el alcohol, liberan la agresividad en algunas personas, en tanto que otras sustancias, como el meprobamato y el diazepam, inhiben las respuestas agresivas tanto en los humanos como en los animales.

La agresividad en los animales

Las observaciones de los etólogos y las de los investigadores en el campo de la psicología animal coinciden

La valoración de este éxito material se patentiza por la llamada "sociedad de consumo", por los medios de comunicación de masas y las facilidades de compras aplazadas. Esta carrera tendente a igualar en los símbolos - externos las diversas clases sociales lleva, por un lado puramente económico, a la inflación, y por la vertiente sociológica, a una situación anómica. En los dos casos "pierden valor" las normas.

La "anomia" ("ausencia de normas"), se refiere a la falta de control de las normas y valores de una sociedad sobre la conducta de sus individuos. Esta anomia social y la frustración producida por la imposibilidad de sustituir la agresividad liberada de la alienación lleva a un estado de frustración anómica frente al grupo de referencia.

Este grado de frustración individual, y sobre todo el colectivo, es lo que intenta medir la escala de Srole (con las mejoras añadidas por R. Christie) y tal como aparece en un estudio de Ephraim H. Mizruchi.

La escala mide la anomia por la percepción subjetiva que se tiene de ella. El test está compuesto por diez frases en las que hay que señalar si se está (más - bien) de acuerdo o en desacuerdo. Están dispuestas de tal forma (unas en sentido positivo y otras en sentido - negativo), que se evita la respuesta mecánica de síes o noes)

Las proposiciones pro-anómicas son:

- 1 - "Hoy en día uno no sabe de quién puede fiarse"
- 2 - "Por muchos esfuerzos que uno haga en esta vida casi nunca se consigue lo que se desea".
- 3 - "A la mayoría de la gente realmente no le preocupa - lo que pasa a los que están a su alrededor".
- 4 - "A pesar de lo que dicen algunos, la vida del hombre medio es cada vez peor, no mejor".
- 5 - "No hay maneras buenas o malas de hacer dinero, sino maneras difíciles o fáciles".

Y las proposiciones anti-anómicas (o pro-anómicas, pero redactadas a la inversa), intercaladas entre las anteriores, representan la otra faceta optimista y dentro -

de las normas sociales, como son:

- 1 - "La mayoría de los que mandan se interesan mucho por los problemas del hombre de la calle"
- 2 - "Para una persona con salud existen muchas cosas más importantes que el dinero"
- 3 - "Siempre se puede encontrar algo que haga que la vida valga la pena"
- 4 - "Siempre es buena idea el planear por adelantado el futuro de cada cual"
- 5 - "Teniendo en cuenta lo que ocurre actualmente existe un futuro prometedor para los jóvenes".

Parece ser que esta escala necesita un cierto nivel intelectual para poder ser contestada adecuadamente. En el caso de nuestras estrategias de universitarios en donde la habíamos probado, su resultado fue óptimo. Las amas de casa no han contestado bien a esta escala, o por otras causas que desconocemos no ha resultado válida. Que da como trabajo posterior el intentar medir la frustración con una escala más simple en un futuro estudio".

Pero todavía podemos medir indirectamente esta - frustración (anómica) por el malestar psicológico y por las tensiones a nivel familiar y social.

MALESTAR PSICOLOGICO

En el fondo, medir malestar psicológico y tensiones no es sino la forma de aislar el concepto de la no-felicidad. En el Primer estudio del Sistema de Indicadores publicado por la Fundación FOESSA se sugería ya que:

"... ninguna persona feliz desea normalmente ocultar su estado, pero es posible que alguna persona desgraciada intente parecer feliz. De ahí que sea más fiable medir la infelicidad que la felicidad..."

Existen las variantes para medir este estado de malestar - psicológico: el objetivo y el subjetivo. Esta vez vamos a cambiar el orden de aplicación y vamos a empezar por el objetivo.

El llamado índice de ansiedad se basa en la frecuencia con que han sentido durante la semana pasada seis síntomas psicósomáticos, que perfilan, de forma indirecta, un posible síndrome de ansiedad. Los síntomas son: dolor de cabeza, molestias o dolor general, mareos, dolores musculares o temblores, estados de tensión o nerviosismo, y taquicardia o palpitaciones del corazón. El más importante de ellos es el de nerviosismo, que forma él solo el índice de nerviosismo, más simple que el de ansiedad, pero también menos fiable.

La relación de estos seis indicadores ha demostrado su validez en otros estudios que hemos realizado anteriormente y que esperábamos por fin aplicar en un cuestionario nacional.

La ansiedad correlaciona perfectamente con la felicidad (en sentido inverso claro), salvo en una excepción: la ansiedad es mayor en los centros urbanos, y tanto mayor cuantos más habitantes tiene la localidad. Por ejemplo, por estratos de población el índice de ansiedad aumenta de esta forma:

ESTRATOS DE POBLACION	Índice de ansiedad
Menos de 2.000 habitantes	0,22
De 2.001 a 5.000 "	0,20
De 5.001 a 20.000 "	0,25
De 20.001 a 100.000 "	0,28
De 100.001 a 1 millón "	0,29
Más de un millón	0,32

En el sector rural, pues, la ansiedad es menor que en las grandes metrópolis (tabla 9,25). En el resto de las variables, el índice de ansiedad tiene la tendencia opuesta al índice de felicidad lo que demuestra la bondad de ambos. De una forma muy diferente medimos un sentimiento muy similar: con una pregunta directa sobre la felicidad que siente y con una del mundo de sus molestias somáticas. Con los dos indicadores intentamos evaluar lo mismo el bien-estar.

A mayor edad, a menos nivel educativo, con una clase social subjetiva, más baja, cuantos menos ingresos y en las ocupaciones bajas (tanto campesinas como no-campesinas) se produce un aumento sensible de la ansiedad (tablas 9.25m 9.26, 9.29, 9.30 y 9.31)

La relación es también muy clara con el tamaño de la familia. Las variaciones son opuestas exactamente a las de felicidad. El número de tres o cuatro miembros era el que lograba una mayor felicidad, y aquí una menor angustia (el de tres). La angustia es máxima en las familias muy pequeñas (uno o dos miembros sólo) o numerosas (más de seis)

Aparecen, sin embargo, algunas leves contradicciones o mejor tendencias no definidas. La primera es el nivel de religiosidad. Ya comprobamos que las mujeres "muy buenas católicas" eran las más felices de todas. Pues bien, aunque la falta de religiosidad viene acompañada de la máxima ansiedad, las muy buenas católicas también gozan de un índice de síntomas psicósomáticos (ansiedad) bastante elevado.

¿Cuál es la causa y cuál el efecto en esta relación? No lo sabemos, pero en cualquier caso no es una relación esporádica, porque luego veremos que se repite una y otra vez con otros indicadores de malestar psicológico.

En conclusión, la pregunta que siempre queda abierta es si los pobres (en el sentido más amplio) y los indiferentes religiosos están angustiados por ser pobres e indiferentes o al revés. La pregunta queda en pie esperando que alguien quiera contestarla en un estudio que evidentemente por su profundidad se escapa del objeto de este informe.

LOS COSTES PSICOLOGICOS QUE SUPONE PERTENECER A LA CLASE BAJA

Podría hablarse del "coste físico" que supone pertenecer a una clase baja, midiéndolo en calorías por día, estatura, frío, vivienda, equipamiento, nivel de ingresos etc.

Sin embargo, en este capítulo de elementos psicosociales hemos tratado de medir el "coste de malestar psicológico" de las personas conforme a su situación, creencias o actitudes. En todo el capítulo constantemente hemos señalado la variable clase social como la fundamental para explicar las diferencias de felicidad y de malestar psicológico. Paso a paso, indicador por indicador, hemos comprobado que el pertenecer a una clase social determinada, en este caso la clase baja, otorga una serie de disfunciones psicosociales muy superiores a las de otras clases. Por esta razón podemos hablar de los costes psicológicos que supone pertenecer a la clase baja.

La sociedad sigue difundiendo ideologías en torno a la infelicidad, tedio y aburrimiento de los ricos, sobre los que caen desgracias de tener más hijos subnormales, de tener más accidentes, de los problemas que les sobrevienen (más hijos ilegítimos, etc) que en el fondo no son más que recursos para evitar que cunda el descontento o la frustración. Forma parte del mito nacionalizador el que "a los pobres les toca más la lotería".

El que está abajo no sólo tiene que explicar su situación social por su desgracia o mala suerte, sino que además los de arriba son también, en el fondo, unos desgraciados. Es el cumplimiento del refrán de que "las uvas están verdes".

Por ello, la sociedad difunde ideas en torno a que "el dinero no da la felicidad" ("pero ayuda mucho", como maliciosamente se sospecha), "el hombre feliz no tenía camisa", "contigo pan y cebolla", etc.

Todos estos juicios se contradicen abiertamente con nuestros datos. La variable fundamental que condiciona el ser o no feliz no es otra que el dinero (el nivel de ingresos familiares) en el sentido positivo. Incluso todos los estudios extranjeros han llegado a las mismas conclusiones de que los ricos se ríen más, han tenido más alegrías que penas en su vida, están más satisfechos, son más felices, les gusta más su trabajo, etc. Incluso en comunidades religiosas hemos comprobado que los que ocupan un puesto directivo o algún cargo que les otorga prestigio

y poder (que no dinero) son menos nerviosos, tienen un índice de ansiedad más bajo y gozan de una mayor felicidad.

En la sociedad, en general, una de las formas en que la clase baja puede compensar esta desgracia consiste en hacer un uso mayor de la religión.

Las personas que son católicas, tiene a su favor un coeficiente que las protege en mayor medida de la infelicidad o del malestar psicológico.

De hecho:

"La influencia bienhechora de la religión no se debe, pues, a la naturaleza especial de las concepciones religiosas. Si protege al hombre contra el deseo de destruirse no es porque le predique con argumentos sui-generis, el respeto de su persona, sino porque es una sociedad. Lo que constituye esta sociedad es la existencia de un cierto número de creencias y de prácticas comunes a todos los fieles, tradicionales y, en consecuencia, obligatorias. Cuanto más numerosos y fuertes son esos estados colectivos, más fuertemente integrada es la comunidad religiosa; también posee más capacidad preservadora. El detalle de los dogmas y de los ritos es secundario. Lo esencial es que sean capaces de alimentar una vida colectiva suficientemente intensa."

El formar una especie de subsociedad dentro de la sociedad general, además de la que pueda ser la familia, tiene indudablemente ciertos efectos secundarios muy beneficiosos para su poseedor. Así, pues, el concepto de religión desde esta perspectiva se convierte en una forma de "protección psicológica" por la pertenencia a los últimos estratos de la sociedad.

Marx afirmaría por ello que:

"la miseria religiosa es, de una parte, la expresión de la miseria real, y de la

en lo que respecta a la conducta agresiva de los animales.

Timbergen ha hecho notar que habitualmente las agresiones ocurren entre animales de la misma especie, en tanto que las agresiones entre animales de distintas especies con excepción de animales depredadores que atacan a sus presas, son muy frecuentes. Aún siendo así, se ha observado reiteradamente, que si los animales entre los que existe una relación de depredador y presa, como perros, gatos, y ratones, son criados juntos desde la infancia, la familiaridad impide que ocurran agresiones entre ellos.

Se ha observado también que las agresiones entre animales son a menudo desencadenadas por rasgos particulares que sirven de signos-estímulo. Por ejemplo, Timbergen ha observado que entre ciertas variedades de pájaros y de peces, una mancha roja en el vientre es el estímulo desatador. Este estímulo parece ser muy específico. Sin embargo los peces, sólo atacan cuando están en celo, cuando su territorio es violado y cuando el ataque puede tener éxito. De sus observaciones concluye que no hay evidencia de un instinto agresivo y general entre los animales.

Aun cuando los animales de una misma especie pelean entre sí para conservar el espacio, la comida, el territorio, etc, o para seleccionar el mejor macho para la propagación, en varias especies de animales hay mecanismos que se ponen en juego para preservar la vida del vencido. Las peleas están diseñadas para medir fuerzas con el rival sin causarle daño grave. Son sustitutos rituales (Gestos, amenazas, y uso de símbolos de sumisión y apaciguamiento) de una verdadera pelea a muerte. Lorenz ha observado que en las peleas entre lobos el animal perdedor adopta posturas de sumisión que el vencedor respeta. El permanecer inmóvil o exhibir al vencedor la garganta vulnerable detiene el ataque. La inmovilidad representa probablemente una forma de esconder los estímulos que liberan la agresión del enemigo. Peleas rituales entre ciertos peces, pájaros, lagartos, y serpientes venenosas han sido también descritas.

Si bien en las agresiones intraespecíficas los participantes despliegan una emoción agresiva, esto no ocurre en el animal depredador que ataca a su presa, el cual lleva a su tarea a "sangre fría". En todo caso el despliegue emocional agresivo queda a cargo de la víctima y no del depredador.

Comentando la observación de que los animales rara vez luchan hasta la muerte, J. de Carthy y F.J. Ebling hacen notar que en la especie humana los aspectos destructivos de la agresión abierta superan grandemente a los aspectos rituales, y afirman que "en este respecto como en otros, el hombre ocupa un lugar único entre los animales. La destructividad humana es esencialmente humana".

Scott y Fredericson sobre la base de sus estudios en ratas y ratones, distinguen en estos animales dos formas de agresión, una basada en la competencia y otra que es instrumento para la obtención de metas o representa un ataque a los obstáculos que detienen al animal en su obtención. En todo caso, las agresiones no parecen provenir de una corriente continua de impulsos. Scott ha condicionado a ratones a ser pacíficos o agresivos y ha observado que si éstos últimos son repetidamente derrotados, se vuelven mansos. Sobre la base de sus observaciones rechaza la idea de que la conducta agresiva proceda de un simple instinto, en el sentido de una fuerza impulsora interna que tiene que ser satisfecha, sino más bien la considera resultado de la experiencia. Sin embargo, estos experimentos no prueban que la conducta agresiva tenga que ser aprendida, aunque si muestran que la conducta agresiva puede ser incrementada e inhibida por la experiencia.

Scott resume: hay un mecanismo fisiológico interno que sólo necesita ser estimulado para producir conducta agresiva, pero no existe una necesidad de agredir, como algo aparte de lo que ocurre en el mundo externo.

Clark, por su parte, concluyó de sus observaciones en cierta clase de ratones que los patrones de conducta agresiva de estos animales pueden ser modificados por la experien-

cia. En su opinión no puede hablarse de una "necesidad de agresión" como una fuerza oculta, sino que la conducta agresiva depende en parte de una pauta génica, aunque puede usarse en forma adaptativa en respuesta a ciertas situaciones que la suscitan.

Ciertos procesos químicos internos íntimamente relacionados con el funcionamiento sexual parecen servir como "un estímulo siempre presente" para llevar a cabo actos hostiles. Los ratones comienzan a pelear a partir del momento en que producen hormonas masculinas. Beach observó que la rata macho deja de pelear cuando se le castra. Ambas conductas, la sexual y la agresiva se restauran cuando se le inyecta propionato de testosterona. Sin embargo, estos hechos no autorizan a pensar que las hormonas sexuales sean el sustrato de la conducta agresiva. Beach ha mostrado que conforme se asciende en la escala zoológica la conducta instintiva se hace más independiente de los estímulos hormonales.

Konrad Lorenz expresa un punto de vista que apoya la consideración de la agresividad como una impulsión instintiva. Este biólogo mantiene que el mecanismo de cada patrón instintivo acumula una excitación en un centro instintivo particular en el S.N. central. Usando una analogía hidráulica postula que en ausencia de una situación apropiada para su liberación la "energía específica para la acción" se acumula, dando como resultado una baja del umbral para el estímulo capaz de liberar el patrón de la acción. Si la acumulación de energía alcanza cierto nivel, la conducta instintiva se desencadena por sí misma. Otros investigadores como Thorpe han puesto en duda esta "actividad en el vacío".

Lorenz afirma que "no puede haber ninguna duda en la opinión de cualquier científico con mentalidad biológica en cuanto a que la agresión intraespecífica es en el hombre, al igual que en la mayor parte de las vertebrados que ocupan un lugar elevado en la escala zoológica, precisamente una impulsión destructiva". Refiriéndose a la agresividad humana, afirma que tampoco puede du-

darse que lo que Freud llamó instinto de muerte no sea otra cosa que "el extravío o fracaso de este instinto que en sí mismo es tan indispensable para sobrevivir, como cualquier otro".

Aspectos psicoanalíticos y psicológicos.

Al final de su vida Freud concibió a los seres humanos como dotados genéticamente de una cantidad dada de energía, de naturaleza destructiva en el sentido más amplio, que inevitablemente debe expresarse en una u otra forma. Esta energía está en un principio invertida en la propia persona. En el curso del desarrollo se derrama sobre objetos externos y si es bloqueada o inhibida en su manifestación directa externa busca un modo de expresarse indirectamente. Si su expresión externa se ve impedida del todo, retorna sobre el individuo mismo y puede destruirlo. En el curso del desarrollo individual la conducta al servicio de la destructividad se hace más variada y eficiente y sólo se ve atenuada por su mezcla con el amor.

El punto de vista de Freud es que las agresiones se generan en una fuente interna de energía siempre activa y tendiente a buscar avenidas de expresión y que los estímulos externos juegan un papel secundario. El objeto - dice Freud - se liga a la impulsión "sólo como consecuencia de ser peculiarmente apropiado para proveer satisfacción".

Antes de la primera guerra mundial, Freud mantuvo que la conducta humana está regida esencialmente por el juego entre dos instintos principales: el instinto sexual, al servicio de la preservación de la especie, y los instintos del ego, al servicio de la preservación del individuo. En aquel tiempo no consideró la agresividad como una impulsión primaria sino principalmente el resultado de frustraciones. Atribuyó las neurosis a la represión de los instintos sexuales por los instintos del ego.

Durante la primera Guerra Mundial sus ideas empezaron a variar. Observó entonces que las tendencias hostiles podían ser reprimidas al igual que las sexuales.

Hacia 1920 ya no pensaba que la agresión fuera necesariamente el producto de la frustración de los impulsos sexuales y postuló que las acciones hostiles dependen de una fuerza impulsora constante cuya energía debe ser liberada en una u otra forma.

Postuló dos fuerzas básicas: eros al servicio de la continuación de la vida y thanatos, una tendencia fundamental, supuestamente instintiva, común a todos los organismos vivos, a retornar al quietismo de la materia inorgánica, en otras palabras, un instinto que tiene como meta la muerte.

Freud pensó que lo que es común a los instintos, es su tendencia a la disminución de la estimulación. Los impulsos libidinosos alivian la tensión sexual y el instinto de muerte tiende a eliminar la tensión de la vida. Morir es estar libre de estimulaciones. La fórmula tensión-reducción de tensión es una noción central en su teoría. La búsqueda de placer está básicamente dirigida a la reducción de tensión.

El instinto de vida redirige hacia otros el instinto de muerte, originalmente enderezado hacia el propio yo. Ambos se fusionan y es esta fusión de los instintos la que explica tanto al sadismo como al masoquismo. Atenuado mediante su fusión con la libido, el instinto de muerte puede ser satisfecho en cierto grado en la expresión de anhelos de dominio y otras formas de actividad agresiva.

El masoquismo es la consecuencia del reflujo de las fuerzas destructivas ocasionado por las restricciones de la civilización. Cuando ocurre este reflujo, las fuerzas destructivas son experimentadas como sentimientos inconscientes de culpa o bien como una necesidad de castigo. Cuanto más se abstiene una persona de agredir, tanto más estricta y sensitiva se vuelve su conciencia. La coincidencia de una conciencia estricta y sentimientos de culpa

bilidad es una indicación clara de que la agresividad se ha vuelto contra el propio individuo. Freud pensó que solamente postulando tal reflujo del instinto de muerte resulta comprensible este fenómeno clínico.

Algunas investigaciones recientes plantean serias dudas en cuanto a que el modelo tensión-reducción de tensión, aun modificando por el concepto de "hambre de estímulos" sea satisfactorio.

Ahora es generalmente aceptado que los organismos no sólo alivian sus tensiones en el ambiente externo, sino que con frecuencia se salen de su camino en busca de estímulos que aumenten la tensión. En todo caso, lo que los organismos buscan es un óptimo de excitación y ciertas fluctuaciones (Hebb).

Un punto de vista diametralmente opuesto al de Freud fué expresado en 1939 por Dollard y sus colaboradores. Este psicólogo postuló que la agresividad no es una cantidad genéticamente determinada de energía en busca de expresión, sino un producto colateral de la frustración; la respuesta in variable a ella. Si la agresividad es universal es porque en nuestra especie la frustración de pulsiones básicas es también universal. Según este autor no hay una pulsión destructiva primaria. La tendencia a actuar agresivamente varía con la cantidad de frustración.

Las agresiones se originan en último término como respuestas a algunas interferencias con actividad dirigida a una meta. Estas interferencias (frustraciones) pueden provenir del exterior o tener su origen en conflictos internos.

Dollard distingue entre las agresiones que son respuestas a las frustraciones, incluyendo amenazas y privaciones, es decir, agresiones reactivas, y las agresiones que son conducta instrumental para el logro de metas. Las frustraciones producen un estado emocional: la cólera, que aumenta las posibilidades de conducta agresiva. Las frustraciones repetidas facilitan cada vez más las respuestas agresivas, pero en todo caso el estímulo es necesario.

Las teorías del aprendizaje no prestan atención a las variables que intervienen entre el estímulo, es decir la frustración y la respuesta, es decir la agresión. Como consecuencia, tienden a hacer caso omiso de las componentes internas de la agresividad experimentadas subjetivamente: componentes afectivas (fantasías y sentimientos) que forman el centro particular de interés en el enfoque psicoanalítico.

Actualmente pocos psicoanalistas se adhieren a la hipótesis de Freud sobre la génesis de la conducta agresiva, aunque pocos negarían que el haber atribuido a la destructividad irracional un papel fundamental en la conducta humana representó un avance indispensable en sus teorías.

Quienes rechazan el concepto del instinto de muerte aducen que ni la observación clínica permite pensar que la destructividad sea parte fija del equipo humano, ni que la alternativa sea para los seres humanos destruir a los demás o destruirse a sí mismos. Por otra parte, la biología no considera necesario postular un instinto de muerte para explicar la progresión inevitable hacia la muerte dado que la vida es un proceso que por su propia naturaleza conduce a la muerte.

Un representante de la adhesión al punto de vista original de Freud es K. Menninger quien acepta en todas sus partes el concepto del instinto de muerte.

Otros psicoanalistas como Otto Fennichel sostienen que el impetu hostil surge precisamente en respuesta a frustraciones, y otros más, como Alexander, Hartmann, consideran que la agresividad es una impulsión instintiva, pero rechazan la idea de que esta impulsión es esté relacionada con un supuesto instinto básico de muerte. Hartmann, aunque se separa de Freud en lo relativo al instinto de muerte, postula a las impulsiones sexuales y agresivas como las dos fuentes principales de la conducta. Este autor se adhiere también al concepto freudiano de que la energía del impulso agresivo puede al igual que la energía sexual ser "neutralizada", del tal

modo que ambas energías pueden dotar de poder a formas de conducta que no tienen conexiones aparentes con el sexo y la hostilidad. Puesto que la energía agresiva está en operación constante, busca continuamente su expresión, y el peligro y la frustración lo la crean, únicamente proveen la oportunidad para que sea descargada. Hartmann agrega - que en ciertas circunstancias, el peligro objetivo determina la inversión de la descarga. Si esta energía no es aliviada peleando, puede volverse al interior y cuando tal cosa ocurre da origen a sentimientos de culpa, los cuales son comúnmente la expresión de la agresividad dirigida contra el propio yo.

En su obra "El corazón del hombre", Erich Fromm distingue entre agresividad que directa o indirectamente está al servicio de la vida y otras formas malignas que caracterizan al impotente y al débil y al que es incapaz de crear y de vivir autónomamente.

Abordando el problema desde el punto de vista de un humanismo dialéctico, ve en la polaridad vida muerte los principios fundamentales que orientan la conducta de los seres humanos. Orientación biofílica y orientación necrófílica de la personalidad total son posibilidades abiertas al momento del nacimiento y el predominio de una u otra depende de las experiencias del niño en los primeros años.

La persona biofílica ama la vida y el goce. La persona necrófílica carece del goce de vivir; ama la muerte y la destrucción.

Puesto que preservar la vida es una cualidad inherente a los organismos vivos, la necrofilia es una tendencia antibiológica, es decir, una verdadera perversión. No se trata como Freud pensó de una dualidad entre dos instintos biológicamente inherentes, sino de la oposición entre la tendencia primaria a permanecer vivo y su contradicción.

Sobre la base de observaciones clínicas, Fromm relaciona a la orientación biofílica con la autonomía y la superación del narcisismo (síndrome de crecimiento) y a la orientación necrófílica, con la simbiosis incestuosa y el

narcisismo maligno (síndrome de decadencia). Este último, incluye los rasgos que Freud atribuyó al "instinto de la muerte": autodestructividad y destructividad, y al carácter anal: orden, parsimonia y obsecación.

Su análisis de la sociedad industrial contemporánea lo conduce a afirmar que en ella existen condiciones que favorecen el desarrollo de una orientación necrófílica.

Aspectos sociales

La civilización obliga a los hombres a refrenar sus expresiones agresivas a través de su vida. Sólo los autoriza a expresarlas en situaciones especiales de defensa, en forma simbólica o ritual en las competencias deportivas y más anónimamente en las guerras y revoluciones. De ahí que los seres humanos encuentren necesario justificar sus agresiones. Por otra parte, la sociedad y la cultura son fuentes de displacer y de frustraciones. En el grado en que no satisfacen las necesidades básicas de los humanos, son generadoras de agresividad. Las sociedades y las culturas varían en cuanto a su poder para suscitar agresión y en cuanto a la eficacia de los controles que ejercen sobre los individuos.

Puede decirse que aunque las diferencias son importantes, no hay comunidades sin violencia. Los pequeños conglomerados que los antropólogos exhiben como ejemplos de comunidades sin violencia, los Arapech de Nueva Guinea y los pigmeos Iruri del Congo, son más bien la excepción que confirma la regla.

En algunas sociedades las expresiones crudas de violencia son en buena medida sustituidas por otras "ritualizadas" más sutiles pero no menos efectivas. En otras sociedades y en algunas situaciones en cualquier sociedad, la violencia es un lenguaje común, una forma cruda de comunicación. La violencia es entonces altamente valorada y los crímenes son considerados como actos meritorios. Por otra parte, la violencia ha permitido algunos de los mejores avances de la sociedad y puede ser el único recurso de los débiles para romper el orden de los opresores.

J.P. Sartre, en la que puede considerarse su obra principal en teoría social, "Critique de la raison dialectique" (1960) concede una gran importancia a la violencia. Acepta la teoría de Thomas Hobbes de que en estado natural los hombres están en guerra - unos con otros y sugiere que esto puede explicarse por la escasez. La escasez hace enemigos a los hombres. En tanto que persista la escasez, violencia y contraviolencia (el mal) son irremediables.

La escasez y la lucha contra ella son el motor de la historia, explican las relaciones humanas y las estructuras sociales. La escasez nos hace rivales, nos divide, porque son los otros los que impiden que haya abundancia para uno. Pero también nos une, nos hace colaborar porque sólo unidos podemos luchar contra ella. Es así como este autor da una explicación económica del antagonismo intraespecífico en el hombre.

En su teoría dialéctica del origen de la sociedad considera necesario distinguir entre dos formas de estructura social: la serie y el grupo. La diferencia entre ambas depende de que se tenga o no se tenta un propósito colectivo común; las personas que esperan un autobús son rivales porque hay escasez de asientos. Uno piensa que los demás sobran y los demás piensan que uno sobra. Como consecuencia se ponen de acuerdo en "hacer cola". El antagonismo es reciprocidad negativa.

El grupo es potente porque tiene un objetivo común. La serie por no tenerlo, es impotente. La escasez es la fuerza impulsora del grupo, su origen y el origen de la colaboración.

En el grupo, el individuo establece un compromiso de pertenecer a él y de permanecer leal a él, pero este compromiso tiene que ser reforzado por el terror. La escasez impulsa a formar grupos y el miedo los mantiene. El terror previene el peligro de que los grupos

se disuelvan en serie. Es el terror lo que mantiene al hombre social. El terror es la base de la fraternidad y del Estado. Es por miedo que el vecino es mi hermano.

Sin embargo, Sartre piensa que hay esperanza. Esta esperanza radica en la revolución socialista. Sólo el grupo de trabajadores comprometidos puede vencer la escasez y crear una sociedad capaz de producir un hombre nuevo en sustitución del anti-hombre, el hombre corrompido por la escasez.

Procedamos ahora a hacer algunas consideraciones sobre el problema a la luz del material presentado. Dejando a un lado al supuesto instinto de muerte, pudiéramos decir que el debate actual se establece entre una concepción predominantemente instintivista y una concepción predominantemente ambientalista de la conducta humana. La primera sostiene que la conducta humana es esencialmente conducta instintiva, filogenéticamente adaptada y propone que las tendencias hostiles son básicamente respuestas no aprendidas a ciertas excitaciones. La concepción ambientalista sostiene que la conducta humana es esencialmente conducta ontogenéticamente adaptada y que la conducta agresiva tiene que ser elucidada por estímulos que se originan fuera del organismo. En otras palabras: en tanto que algunos sostienen que la agresividad es algo innato, otros afirman que no es innata, sino aprendida, no un producto de la naturaleza, sino de la sociedad.

Las implicaciones de ambas posiciones extremas son claras; si los seres humanos fueran constantemente movidos a agredir, la agresividad no se vería sustancialmente reducida mediante la eliminación de los estímulos externos capaces de evocarla y la civilización y el orden moral deberían basarse en último término en la fuerza y no en el amor y en el altruismo. Si, por otra parte la agresividad representa esencialmente una reacción, una respuesta a los estados de frustración, suprimiendo las frustraciones - si es que tal cosa fuera posible - se evitarían las reacciones agresivas.

Ciertamente la agresividad es un componente básico de la conducta y tanto los animales como los seres humanos poseen universalmente en el cerebro una organización neural, que es el equipo necesario para despertar la agresividad y para su expresión, y que es puesta en juego tanto por estímulos externos como internos. En situaciones apropiadas todos los seres humanos pueden actuar agresivamente. La capacidad de reaccionar en forma agresiva es innata un resultado de la herencia biológica, necesaria para la preservación del individuo en el mundo peligroso que habita; pero esa organización neural por sí misma no nos aclara, si la agresividad es un instinto o un patrón de conducta adaptativa.

Tradicionalmente el término instinto implica patrones de despertamiento, motivación y acción que son por esencia internos y automáticos, están filogenéticamente determinados y son poco influidos por el aprendizaje. Ampliar demasiado este concepto lo priva de su valor descriptivo. ¿Es este concepto aplicable a la agresividad humana?

En primer lugar, es necesario decir que el calificativo de instintivo cuando se aplica a formas de conducta cuyas fuentes somáticas internas no pueden ser identificadas, resulta un tanto impreciso. Por otra parte, los datos de tal o cual conducta tiene un carácter instintivo en los animales, no autoriza como lo hace Lorenz a trasladar estos hallazgos directamente a los seres humanos, cuyo desarrollo difiere esencialmente del de otros vertebrados, por ser un proceso abierto a múltiples influencias en contraste con el carácter relativamente cerrado del desarrollo animal. Si bien cualquier forma de conducta humana tiene precursores en la de organismos más simples, conforme se avanza en la escala filogenética la tendencia es a una disminución del poder determinante del instinto, en el mismo grado en que la capacidad de aprender aumenta en importancia. En el hombre, la capacidad de aprender alcanza un desarrollo insólito.

Si la naturaleza instintiva de la agresividad en los animales es aceptada con reservas y limitaciones y aún ne-

gada por algunos estudiosos de su conducta, en los seres humanos es aún más dudoso que pueda atribuirse a la agresividad un carácter instintivo, es decir, algo del orden de una corriente continua o recurrente de impulsos que se generan en fuentes somáticas internas. El instinto agresivo sería en todo caso únicamente el precursor filogenético de la agresividad humana.

Estamos de acuerdo con Robert R. Holt quien hace notar que la teoría psicoanalítica ha tropezado siempre con dificultades para conceptualizar la agresividad porque la impulsión instintiva se ha concebido puramente autógena y agrega: "Pienso que el modelo básico que usó Freud para su concepción de impulsión fué el hambre, la cual claramente puede despertarse por entero en el interior como respuesta a deficiencias resultantes del metabolismo. Con algunas dificultades, el sexo puede ser asimilado a este modelo; pero la agresividad encaja en él de modo muy defectuoso. Típicamente no es una necesidad que despierta en forma espontánea y que impulsa al organismo a buscar la gratificación como lo hace el hambre... Parece ser que hay una gama limitada de situaciones que usualmente la liberan o la suscitan, en especial las frustraciones y el ser víctima de un ataque o un insulto hiriente".

El estudio fenomenológico de la agresividad humana muestra que no es ni una corriente interna continua o fatalmente recurrente de impulsos, ni una pulsión perentoria como el hambre, la sed y el sexo. Sólo se suscita en circunstancias específicas y su descarga puede ser insistentemente inhibida. La variedad de formas en que según los individuos se la puede reducir, intensificar, distorsionar y canalizar en el curso del vivir, sugiere que es un proceso flexible ampliamente abierto al aprendizaje.

Antes de proseguir con la consideración del problema, es necesario hacer algunas distinciones. En primer lugar, hay que establecer una diferencia entre agresividad, que es una disposición persistente a actuar -

agresivamente, y conducta agresiva que es la actualización de esa inclinación en circunstancias específicas.

La conducta agresiva comprende una variedad de respuestas a frustraciones y percepciones de peligro. Su función biológica primaria es la de un instrumento para remover o destruir los objetos en el ambiente que obstaculizan la satisfacción de necesidades básicas del organismo. Es algo necesario en el vivir, que es común al hombre, y a los animales. Originalmente es conducta al servicio de la supervivencia. Lograr seguridad es su meta. Entra en escena para proteger los valores del individuo cuando los siente amenazados.

Ante las frustraciones y ante las amenazas, es decir, en situaciones de emergencia, hay dos caminos abiertos para los organismos superiores; la fuga y el ataque. La fuga se integra en la percepción del peligro, la emoción de miedo y la conducta evasiva; el ataque, por la percepción del peligro, la emoción de cólera y la acción agresiva. Cólera y miedo son respuestas emocionales adaptativas primarias. La agresividad inhibida en su descarga y la angustia parecen estar íntimamente relacionadas. Ambas tienen una pauta fisiológica muy semejante, al grado de que la propia persona que las experimenta no puede a veces distinguir entre ellas. (Es interesante hacer notar que en la cólera inexpresada y en la angustia, la pauta de excreción de catecolaminas y cortico esteroides es similar y contrasta con la pauta de excreción de esas mismas sustancias en los estados de miedo y de expresión colérica abierta). En personas neuróticas es posible inferir que tras las manifestaciones de angustia hay un caudal de agresividad inhibida. Por otra parte, las personas más aterrorizadas son propensas a llevar a cabo agresiones violentas.

Ante situaciones de frustración o amenaza, dice S. Nacht, "el hombre se inclinaría a reaccionar con violencia pero también ocurre que desde niño tema los efectos de su propia agresividad y sienta angustia ante las posibles consecuencias de llegar a hacer el daño que quisiera infligir a otros".

Cada frustración o amenaza es interpretada por la persona de acuerdo con sus experiencias previas. Su interpretación y la anticipación que hace de sus consecuencias varían de acuerdo con su carácter y según las circunstancias. Cuando la persona se siente impotente o vulnerable tiene miedo o se angustia. Cuando se siente poderosa, se encoleriza. Angustiabilidad y agresividad son el precipitado de tales experiencias.

Tanto la angustiabilidad como la agresividad son alimentadas por los peligros y las frustraciones que experimenta el niño y su repetición las establece como tendencias engranadas en su carácter.

La observación clínica pone de manifiesto que las personalidades más destructivas se organizan en una atmósfera de frustraciones y desamparo. La destructividad parece tener en ellas el carácter de un profundo resentimiento generado por esas frustraciones y ese desamparo.

Pero, ¿no ocurre, acaso, que de las frustraciones dimana una fuerza positiva? La observación clínica muestra también que precisamente aquellas personas que cuando niños fueron consentidas en demasía, poco frustradas, cuando llegan a ser mayores están poco capacitadas para actuar en la vida, para afirmarse y para defenderse ante los ataques de los demás.

Al parecer todo depende de la cantidad y de la calidad de esas frustraciones. Si las frustraciones que el niño experimenta, no sobrepasan su capacidad para tolerarlas su agresividad se estructura naturalmente, es decir, como una tendencia a usarla afirmativamente, y lo hace sentirse capaz de acometer los obstáculos que encuentra en su camino y defenderse cuando es necesario.

En grados variables los niños son amparados y abandonados; de ahí que la madre, el primer objeto de amor, sea también el primer objeto de la hostilidad del niño que quisiera agredirla porque lo hace sufrir; pero como necesita de ella para sobrevivir, se ve obligado a reprimir sus impulsos agresivos hacia ella.

Es muy probable que en la relación transaccional del niño con una madre que no ampara, que frustra, y obstaculiza, que le hace generar demasiado agresividad y que también le impide expresarla, se encuentre el origen de la destructividad y de otras distorsiones de la agresividad que se manifiestan en el curso de la vida.

El niño, a diferencia de los animales, nace como un producto inacabado. Es muy posible que las diferencias individuales en cuanto a inclinación a las reacciones violentas y en cuanto a las formas de ser agresivo, o de no serlo, tengan una base genética, pero sobre la base de esta dotación genética que la experiencia, particularmente la experiencia temprana, completa al individuo tanto en lo que se refiere a la agresividad, como a otras disposiciones de la personalidad. Ninguna de estas inclinaciones es independiente de las otras. Forma la totalidad organizada de tendencias a la acción que llamamos carácter.

Por otra parte, la historia y la observación corriente del escenario social no dejan dudas acerca de la importancia de las condiciones económicas, sociales y culturales que mediante las experiencias del individuo modelan este proceso. Estas condiciones no sólo intensifican o reducen la agresividad humana, sino que la generan y la hacen contagiosa. La escasez y la abundancia de oportunidades para satisfacer necesidades humanas no son las mismas para cada individuo y para cada sector de una sociedad determinada. Además de que las sociedades crean en los individuos necesidades y les niegan la oportunidad de satisfacerlas. En esta contradicción se encuentran las fuentes del enorme potencial de agresividad que albergan los humanos.

Freud atribuyó toda la conducta social a fuerzas instintivas; entendió las necesidades humanas como demandas de instintos percibidas subjetivamente, es decir, como expresiones funcionales innatas, y no consideró necesario distinguir entre las necesidades fisiológicas y otras que son el producto de la interacción humana en el medio social.

Podemos referirnos ahora a dos modos principales en que la agresividad se orienta en los seres humanos y consti-

tuye formas relativamente fijas de relación con los demás características en la vida de un individuo:

La autoafirmación que se muestra como valentía, es espíritu de aventura y creación es agresividad en el sentido de necesidad de actuar, de enfrentar obstáculos, de acometer, en contraste con la tendencia a ceder, a someterse, a retirarse ante los impedimentos. La autoafirmación representa un modo de ser característico y no implica una negación de los demás; por el contrario, un individuo cuya personalidad total se ha orientado de esta manera puede encontrar incluso satisfacción en ayudar a otros a afirmarse a sí mismos. Aunque persigue sus metas con valentía y se defiende cuando sus valores son puestos en peligro por otros no se ensaña con sus rivales vencidos. Nunca destruye por destruir. Si la destrucción ocurre, es accidental, en todo caso la consecuencia de exceso de legítima defensa.

En contraste con lo anterior, la destructividad como forma de agresividad que orienta la conducta de alguna persona, poco tiene que ver con la agresividad que encierra el sentido de una afirmación, de una defensa. Para las personas destructivas es más fácil detestar que amar, destruir que construir. La destructividad es una forma perversa de autoafirmación; la respuesta a una necesidad irracional de destruir. Algo en el carácter de la persona destructiva lo impulsa a sembrar el sufrimiento a su alrededor, aun sin percatarse de ello. Es cruel no tanto en respuesta a situaciones actuales que pueden ser meros pretextos para expresar el odio que alberga en su interior.

Solo hay una forma sana de orientación de la agresividad; biofilicamente, en procesos de afirmación, crecimiento y defensa; y varias formas patológicas, identificables por su dirección, sus metas y los móviles y las circunstancias que suscitan su descarga. La destructividad es la forma perversa, necrófila de la autoafirmación. Para subrayar su irracionalidad y su poder no es necesario relacionarla con el instinto.

LA TEORÍA DE LA AGRESIVIDAD DE KONRAD LORENZ

Erich Fromm.

A continuación extractamos un artículo publicado por el autor en el número 9 (agosto 68) en la "Revista de Psicoanálisis, Psiquiatría y Psicología". F.C.E.

Aunque la teoría de la agresividad de Freud tuvo y sigue teniendo gran influencia, nunca ha sido una teoría popular, en el sentido de que fuese leída por un público numeroso y lo impresionase. Era demasiado compleja y difícil para que pudiese alcanzar tal popularidad. En marcado contraste, el libro de Konrad Lorenz, *On Aggression*, muy poco tiempo después de su publicación ya era uno de los libros más leídos en el campo de la psicología social.

Las razones de su difusión no son difíciles de comprender. Antes que nada es un libro agradabilísimo, y muy diferente, en este respecto, de los densos tratados de Freud sobre el instinto de la muerte, o, para el caso, de las obras y libros que el propio Lorenz escribió para especialistas. Además, halaga las ideas de mucha gente que hoy en día prefiere creer que nuestro impulso hacia la violencia y la guerra nuclear se debe a factores biológicos que están fuera de nuestro dominio, antes que abrir los ojos y comprobar que la tendencia guerrera se debe enteramente a circunstancias que son obra nuestra, a valores y formas de organización anacrónicas, a falta de visión y responsabilidad, a egoísmo y vanidad. No obstante, al hacer algunas sugerencias sobre cómo evitar la guerra, sugerencias tan inefectivas como una danza india para atraer la lluvia, Lorenz hace que las gentes se sientan mejor liberándolas de la necesidad de buscar respuestas más profundas y complicadas.

¿Cuáles son las principales similitudes y diferencias entre las respectivas posiciones de Freud y Lorenz?

Tanto para Lorenz como para Freud, la agresividad humana es un instinto, alimentado por una nunca agotada fuente de energía, y no el resultado de una reacción a estímulos ex

teriores. Lorenz sostiene que la energía específica para realizar un acto instintivo se acumula continuamente en el centro neural para tal acto, y, por lo tanto, si se ha acumulado suficiente energía, es probable que ocurra una explosión sin necesidad de provocación exterior alguna. Contra las teorías que sostienen que la agresividad es eminentemente reactiva, y que aún si llega a contener algunos elementos innatos, puede ser alterada de manera ilimitada, mediante el aprendizaje, postula Lorenz la teoría de que "el sistema nervioso central no necesita recibir estímulos - como un timbre eléctrico con un interruptor de botón - para responder, sino que por sí mismo puede producirlos, lo cual da una natural explicación fisiológica de la conducta espontánea de animales y seres humanos... De hecho, es la espontaneidad del instinto (Agresivo) "la que lo hace tan peligroso". De ello se desprende que instituciones humanas como los partidos políticos en pugna, o las tribus, y naciones que entran en conflicto, son el resultado de este instinto agresivo, no sus causas. Asimismo, no se desprende por lo menos para Lorenz, que el "actual hombre civilizado sufra por la insuficiente descarga de su impulso agresivo".

Esta teoría del instinto agresivo corresponde a la de Freud sobre el instinto de muerte y el pernicioso afecto de la agresión reprimida, excepto en un punto. Freud supone que el instinto de muerte (como el instinto de vida) se halla contenido en las células del organismo humano, mientras que Lorenz construye su teoría sobre una base neurofisiológica y apoya su suposición con datos tomados de la evolución en el reino animal.

Tanto para Freud, como para Lorenz, el hombre está dotado de una agresividad no reactiva e instintiva difícil de dominar y que, en realidad, tiende a hacerse explosión si la carga de energía rebasa un cierto límite. Ambos tienen "naciones hidráulicas", tal como apunta Berkowitz. No obstante, pese a esta similitud, existe una contradicción básica en las dos teorías del instinto de agresión. Para Freud la agresión, enraizada en el instinto de muerte y puesta al servicio de la muerte, tiene como objetivo muer

te y destrucción (de otros y de sí mismo). Para Lorenz en marcada oposición, la agresión se ha desarrollado en el proceso de la evolución animal como un impulso que actúa en interés de la vida, si no del individuo, por lo menos de la especie.

¿Cuál es la función de la agresión intraespecífica? En un capítulo titulado "What Aggression is Good For" Lorenz profundiza en la función de conservación de la especie "La cual, en condiciones naturales -o, antes bien, preculturales-, se realiza mediante luchas entre los de la misma especie, y que, por virtud del proceso de selección, ha producido el desarrollo avanzado de la conducta de lucha intraespecífica en tantos animales superiores. No sólo los peces combaten a los de su propia condición: también lo hace la mayoría de los vertebrados, incluso el hombre".

Lorenz, considera que las tres funciones de conservación de la especie más importantes en la agresión intraespecífica son: 1) una equilibrada distribución de animales de la misma especie en el medio que los rodea; 2) la selección del más fuerte mediante luchas entre rivales; 3) la defensa de los jóvenes. De lo cual concluye que la agresión "lejos de ser el diabólico principio destructivo que el psicoanálisis clásico asegura que es, en realidad constituye una parte esencial de la organización de los instintos, conservadora de la vida. Aunque accidentalmente pueda actuar en sentido contrario y causar destrucción, lo mismo puede decirse prácticamente de toda parte funcional de cualquier sistema". Con esta afirmación, traza Lorenz muy claramente la línea de demarcación entre su teoría y la de Freud acerca del instinto de muerte. Para Lorenz, todos los instintos se han desarrollado en el proceso de la evolución, y sirven a la vida; por lo tanto, si fuera a valerse de los conceptos de Freud, la agresión estaría enraizada en el instinto de vida, y la teoría dualística de Freud tendría que ser transformada en una teoría monística.

Las teorías de Lorenz sobre la agresión humana no son sino analogías de un campo que conoce trasladadas a otro en el cual no tiene autoridad alguna. Sin embargo, a pesar esta

diferencias y equívocos, hay una buena extensión de terreno común entre Freud y Lorenz. Ambos presuponen la existencia de una agresividad innata que exige una salida, o produce una explosión si se la contiene más allá de ciertos límites. Ambos creen que este instinto agresivo es sumamente difícil de dominar, aunque no dejen de ser válidos los intentos que puedan hacerse en este sentido. Ninguno de los dos establece diferencias entre los diversos tipos de agresión - como agresión reactiva, sadismo, sed de sangre o necrofilia - si no que aplican el término agresión, o varios términos equivalentes, de una manera indiscriminada, a todos los fenómenos de agresión, desde la muerte cometida en defensa propia hasta las más crueles atrocidades.

Una crítica de las teorías de Lorenz sobre la agresión tiene que ser tan polifacética como su propio enfoque. Debe comprender sus conceptos de instinto, de su calidad de innato, de la madurez, su razonamiento analógico de un nivel a otro, y sus observaciones y sugerencias sobre la naturaleza del hombre. Como psicoanalista, me ocuparé principalmente de sus analogías, siempre que impliquen aseveraciones acerca del comportamiento humano, y sus varias suposiciones psicológicas. Pero también analizaré unos puntos de la teoría de Lorenz acerca de los instintos y la evolución hasta donde mi conocimiento de la literatura especializada me permita juzgar cuáles suposiciones teóricas son más aceptables y reconocer las contradicciones inmanentes de su exposición.

En lo que respecta a la teoría del instinto de Lorenz citaré las conclusiones de Leherman, que forman un admirable resumen no sólo de su propia crítica sino también de las opiniones que, en sentidos paralelos, han expresado otros sociólogos. Leherman escribe: "Hemos resumido los puntos principales de la teoría del instinto de Lorenz, y los hemos sometido a un examen crítico. Encontramos los siguientes defectos graves:

- 1º - Está canalizada rígidamente mediante la fusión de muy diferentes especies de organización, bajo categorías inapropiadas y gratuitamente aceptadas.
- 2º - Incluye ideas preconcebidas y rígidas de la calidad de innato y de la naturaleza de la maduración.

- 3º - Habitualmente depende de la transferencia de conceptos de un nivel a otro, sobre la mera base del razonamiento analógico.
- 4º - Está limitada por prejuicios de similitudes isomórficas entre fenómenos neurales y de la conducta.
- 5º - Depende de concepciones finalistas y preformacionistas del desarrollo de la conducta misma.
- 6º - Como lo indican sus aplicaciones a la psicología y sociología humanas, conduce a una rígida, preformacionista y categórica concepción del desarrollo y la organización, o depende de ella (o las dos cosas).

"Toda teoría del instinto que considere el "instinto" como inmanente, preformado, heredado, o basado en estructuras neurales específicas, inevitablemente tiene que desviar la investigación del desarrollo de la conducta, alejándola del análisis fundamental y del estudio de los problemas del desarrollo. Cualquiera de tales teorías del "instinto" necesariamente tiende a hacer corto circuito con las investigaciones científicas en las relaciones de desarrollo intraorgánicas y de organismo y medio ambiente, que fundamentan el desarrollo del comportamiento instintivo, dice Lehrman.

A esta crítica puede añadirse que para la mayoría de los psicólogos, antropólogos y sociólogos, la noción misma de "instinto" o características "innatas" en el hombre ha sido reemplazada por la suposición de que hay pocos instintos o ninguno, que puedan encontrarse en el hombre, y más aún, que el "modelo hidráulico" de Lorenz, así como el de Freud, no corresponde a lo que se conoce de las funciones cerebrales. A mayor abundamiento, recientes experimentos psicológicos han demostrado la falacia del concepto del efecto catártico de la expresión de los afectos reprimidos ("abreacción"). El hecho es que, como lo han demostrado estos experimentos, la expresión repetida de la ira aumenta, en vez de disminuir, la fuerza de la ira.

El método de analogía de Lorenz ha sido brevemente criticado por Berkowitz, quien escribe: "Continuamente salta hacia delante y hacia atrás, entre el hombre y los animales inferiores (especialmente los gansos), asegura que hay inti

mas analogías entre el comportamiento del uno y el comportamiento del otro, y para el caso, entre la evolución filogenética y la cultural, y abiertamente sugiere que la observación de una conduce a la comprensión de la otra". Uno de los ejemplos favoritos de Lorenz, para tales analogías, es el ganso silvestre gris. Escribe: "Si en el ganso silvestre gris y en el hombre, normas de conducta sumamente complejas, tales como el enamoramiento, la lucha por la precedencia, los celos, el pesar, etc, no sólo son similares sino idénticas hasta en sus más absurdos detalles podemos estar seguros de que cada uno de estos instintos tiene un muy especial valor para la supervivencia, en cada caso casi igual o idénticos en el ganso silvestre gris y en el hombre. Sólo de esta manera puede haberse desarrollado la conformidad de la conducta". Lehrman parece expresar la opinión de la mayoría de los geneticistas cuando dice que es precipitado "suponer que los mecanismos subyacentes, a dos características de respuestas similares en todos los casos son idénticos, homólogos o aun similares, simplemente porque hay un parecido entre las acciones de dos especies diferentes". Hirschhorn sostiene la opinión de que, dada la aparente falta de agresión de los primates no humanos, resulta muy poco probable que la agresividad de seres humanos y gansos se derive de los mismos genes primordiales.

Un ejemplo de la descripción antropocéntrica de la conducta animal comparada a la conducta humana es el siguiente: en el capítulo "Behavioral Analogies to Morality" hace Lorenz la siguiente afirmación: "Sin embargo, nadie que haya hecho una real apreciación de los fenómenos que se analizan, puede dejar de sentir una admiración continuamente renovada por los mecanismos fisiológicos que, en los animales, provocan un comportamiento desinteresado en pro del bien de la comunidad, y que actúan de la misma manera que la ley moral en los seres humanos." Científicamente hablando, tales analogías no prueban nada; resultan sugestivas y agradables para quien ame a los animales. Responden a un alto grado de antropomorfización, que Lorenz se permite. Precisamente porque producen en el hombre la halagüeña ilusión de que "comprende" lo que el animal está "sintiendo", tienen una amplia aceptación.

BIBLIOGRAFIA

- J.D.CARTHY y F.J.EBLING: Historia Natural de la Agresión.
Ed. Siglo XXI.
- LORENZ, K: "On the nature of agresión". Academic Press.
Londres, 1964.
- DOLLARD, J: "Frustration and Agresión". Yale. New Haven,
1.939.
- FROM, E: "El corazón del hombre" 2ª edición del Fondo
de Cultura Económica, México 1967.
- FROM, E: "Etica y Psiconálisis. F.C.E. México, Edic.
1966.
- STORR, ANTHONY: "La agresividad humana", Alianza Editio--
rial.
- GIBSON, EDWARD: "The History of the decline and Fall of
the Roman Empire". Ed. Methuen.
- KLEIN, M. "Contribution to Psychoanalysis". Ed. Hogarth.
- LORENZ, K: "On agresión". Ed. Methuen.
- LEWIS-BERNARD TOWERS: "Mono desnudo u Homo Sapiens?". Ed.
Plaza y Janés.
- LE GROS CLARK: "The Miocene hominidae". Ed. British Mu--
seum of Natural History.
- DESMOND MORRIS: "El mono desnudo". Ed. Plaza y Janés.
- LABORIT, HENRI: "L'agresivité détournée". Ed. "10.18", 1971
- SCOTT, J.P: "Aggression" (Chicago University of Chicago
Press, 1958)
- LORENZ, KONRAD: "On Aggression" (Londres, Methuen, 1966)
- BERKOWITZ, LEONARD: "Aggression: A Social Psychological --
Analysis" (Nueva York, McGraw-Hill, 1962
página 24-5.
- YATES, AUBREY, J: Frustration and Conflict. (Londres, Me--
thuen, 1962).

- - - - -